

EL DÍA

Golpes tan fuertes

Hay golpes tan fuertes en la vida... ya no sé. César Vallejo resume así el dolor con que Latinoamérica escribe su historia. Pero el dolor, cotidiano y sólo aguantable por la esperanza, alcanza a veces límites insospechados. Ayer se cumplió un año de la desaparición de Alaide Foppa y ayer, también un diario guatemalteco dijo que el periodista Valentín Ferrat habría muerto accidentalmente y que habría sido enterrado como uno de tantos cadáveres anónimos —como si realmente se pudiera ser alguna vez anónimo—, en una fosa común.

Alaide Foppa ha desaparecido. Valentín Ferrat empiezan a ponerlo en la misma senda. Este brutal eufemismo que no cabe sino en la moral fascista, ha signado la represión en los países latinoamericanos, donde las dictaduras militares se han declarado receptoras y herederas de esa frase que solía repetir Luis XIV en sus arrebatos de vanidad: el Estado soy yo.

Pero, ¿qué son los desaparecidos?

Víctimas de una nueva técnica represiva, esos miles de hombres, mujeres y niños —cientos de miles en Guatemala, Argentina, Chile... (la lista sería muy larga), según los datos más moderados— representan los ex-

tremos a los que ha llegado la ferocidad de los tiranos.

Porque con la declaratoria de desaparecidos se trata de evitar —por una especie de cobardía— que el mundo se entere de que hay gente presa y oculta y asesinatos a sangre fría. Pero al mismo tiempo, hay una ira constante. Los tiranos no saben que es imposible jugar con una resignación que no llega ni llegará, y más todavía cuando se la insulta de ese modo.

Estar desaparecido. Es decir, ser el hombre, la mujer o el niño que caminó por la vida hasta que se tropezó con un leño implacable y uniformado. También ser el hombre, la mujer o el niño que miró de frente a su secuestrador, que cumplía órdenes de quien cumplía órdenes de quien cumplía órdenes... en esa cadena de cobardías ocultas tras un escritorio en la antecámara de las cámaras de torturas.

Hay golpes tan fuertes en la vida... yo no sé. A Vallejo le dolía su pueblo latinoamericano, pero quizá nunca pensó que habría golpes más fuertes, tan fuertes como esa lacra de la humanidad, institucionalizada ya por las dictaduras, y que denominan desapariciones.

UNO MAS UNO

Héctor José Cámpora
Un año después

José Ricardo Eliashev

ventanas del segundo piso y entona el grito de batalla de la campaña electoral: "¡Perón, Evita, el tío Camperón!". Como poseída por una ingenua alegría desprovista de cálculos, la gente corea: "¡Qué lindo, qué lindo, qué lindo que va a ser, el tío en el gobierno, Perón en el poder!".

El rostro de Cámpora se ilumina. Levanta ambos brazos, uno con el brazo de Abal Medina, otro con el de Galimberti. Es la hora del triunfo. Horas bellas y amargas habrán de sobrevenir. En algunos meses más Argentina se sumergirá en un baño de sangre. Congélese la imagen.

El 19 de diciembre de 1981, hace hoy exactamente un año, Cámpora murió en México, la tierra de su asilo. El cáncer le había permitido abandonar aquella "cárcel mexicana en Buenos Aires" en que se había convertido la embajada de este país en Argentina, en la cual aquel hombre electo presidente en marzo de 1973 encontró asilo diplomático. Sin ese cáncer, el gobierno militar del teniente general Jorge R. Videla le habría negado el salvoconducto para abandonar el país.

Ya en México, Cámpora (quien luego de abandonar la presidencia fue designado por el general Perón embajador de Argentina ante la administración de Luis Echeverría) se repuso parcialmente de su enfermedad, una tregua que le permitió dialogar con sus compatriotas y exponer su ideario peronista sin complicaciones ni ideologismos. En ese lapso, a comien-

La escena permanece imborrable para muchos. Es la noche del 11 de marzo de 1973 en Buenos Aires. Hace pocas horas han concluido las primeras elecciones generales en ocho años y las cifras que van proporcionando la radio y la televisión no permiten dudas: ha triunfado el Frente Justicialista de Liberación (Frejuli) y el doctor Héctor José Cámpora surge, de hecho, como presidente electo de los argentinos.

El régimen militar que preside el teniente general Alejandro A. Lanusse retacea la información y el ministro del Interior, Arturo Mor Roig, se niega a admitir el triunfo del peronismo y sus aliados. El gobierno ha inventado un esquema electoral surgido del sistema francés del *ballottage*, o segunda vuelta, si ningún candidato obtiene más del 50 por ciento de los votos. La fórmula que integran Cámpora y el doctor Vicente Solano Lima ha logrado más del 49 por ciento, contra el 22 por ciento de la Unión Cívica Radical, cuyo candidato era el ahora finado Ricardo Balbín.

En el viejo edificio que ocupa la esquina de la avenida Santa Fe con la calle Fray Justo Santa María de Oro, en el corazón del barrio porteño de Palermo, donde funciona la improvisada sede electoral del Frejuli, Cámpora platica con dos jóvenes peronistas que han sido protagonistas decisivos del triunfo electoral. En cierto momento se toma la decisión de salir al balcón para saludar a la creciente muchedumbre que va llegando al lugar, a cien metros del Ferrocarril Pacífico, muy cerca de donde vivió toda su vida el primer diputado socialista de América, Alfredo L. Palacios. Acompañado del joven abogado Juan Manuel Abal Medina, secretario general del Movimiento Peronista, y de Rodolfo Galimberti, delegado del general Perón ante la Juventud Peronista, Cámpora aparece en la tibia noche de marzo en el balcón y toma las manos de sus dos acompañantes. La juvenil muchedumbre mira hacia esas

zos de enero de 1980, hizo su primera aparición pública en el local de la Comisión Argentina de Solidaridad (CAS). Con sus ojos empañados por las lágrimas, escuchó cómo más de un centenar de sus jóvenes votantes de 1973, ahora exiliados aquí, entonaban el himno nacional de Argentina y la Marcha de los Muchachos Peronistas. Quiso saludar a todos los que esa noche estaban allí y dio un beso en la mejilla a cada una de las mujeres, un fuerte apretón de manos a cada uno de los hombres. Luego pronunció unas palabras. Habló del general. Habló de la señora. Se declaró un militante. No tenía arrogancias, carecía de ese sentimiento de superioridad y ese desprecio por los demás que caracteriza a muchos de sus compatriotas. Era simple y era leal. Era de abajo, había perdido en las intrigas de palacio y sin embargo no guardaba rencores. Cumplió con su palabra y sus 49 días en el gobierno fueron los días en los que se liberaron todos los presos políticos, fueron los días en los que el ministro del Interior, Esteban Righi, advertía a la policía que no se podría torturar más en Argentina. Días que emergen ahora un poco borrosos en el recuerdo de toda una generación, pero que para la gran mayoría de esa juventud, que Cámpora apreciaba de manera excepcional, habrían de ser su bautismo de fuego y su tremendo fracaso, el signo y la herida, el momento en el cual se congela la imagen.

Odiado por los militares y ninguneado por muchos *ortodoxos* retrospectivos que luego abominaron de la supuesta radicalidad de Cámpora, él fue el hombre que renunció a todo para que Perón fuera gobierno y fuera poder. Si todo lo demás no existiera, ése sería su sello de honra y su símbolo de trascendencia histórica. Hace un año que murió y hombres como él andan en el peronismo. Es viril recordarlo ahora, en seguridad.